

Globethics Repository



Visión de la realidad europea [Vision of European reality]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Velasco, Demetrio
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-15 23:53:28
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222779

DIMENSION HISTORICA DE EUROPA • LA REALIDAD
EUROPEA ACTUAL • EUROPA Y EL NUEVO ORDEN
ECONOMICO INTERNACIONAL • MAGISTERIO CATOLICO
E INTEGRACION EUROPEA • ENCUENTRO MUNDIAL
DE JOVENES EN COMPOSTELA: UNA APORTACION
DIFERENTE

142

1989

EUROPA CRISTIANA (?) ESTA EN EL NORTE

Por ERNESTO BALDUCCI, CARLOS CORRAL, RAFAEL ESTEBAN,
PEDRO M. LAMET, DEMETRIO VELASCO y JOSE L. VILLACORTA

IGLESIA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

VIVA

IGLESIA
VIVA

**Europa cristiana (?)
está en el Norte**

IGLESIA VIVA

Núm. 142, julio-agosto 1989

	<i>Página</i>
PRESENTACION	325
ESTUDIOS	
Visión de la realidad europea. Por Demetrio Velasco	327
Aproximación abreviada a la historia de Europa. Por José Luis Villacorta Núñez	339
La C. E. E. y el «desorden internacional». Por Rafael Esteban	353
Magisterio católico e integración europea. Por Carlos Corral Salvador	369
La transición. II. La reconstrucción de la memoria. Por Ernesto Balducci	387
DOCUMENTACION	
Una aportación diferente. Por Belén Costa Rodríguez y otros .	407
EL SIGNO Y EL TIEMPO (Crónica cristiana)	
Dinero y comunicación en la Iglesia española. Por Pedro Miguel Lamet	421

He aquí un número —lo confesamos desde el principio— donde abundan más las preguntas que las respuestas.

En él hemos invitado a diferentes autores a reflexionar sobre la complejidad del fenómeno Europa, sacando a la luz sus ambivalencias, logros y fracasos, esperanzas y amenazas para la causa de la persona humana, e invitando a construir una Europa más digna de dicha causa.

El grito de Juan Pablo II pidiendo a Europa que recobre sus raíces cristianas, la «casa común» de Gorbachov, el Acta Unica Europea, etc., son otros tantos indicios de que el futuro de este viejo continente preocupa y de que su fundamentación habrá de ser variada, como lo es su composición histórica. De momento, el problema no tiene solución. De ahí la abundancia de preguntas que nos hacemos todavía todos. Bueno es, pues, prestarle atención.

En un primer artículo, introductorio, DEMETRIO VELASCO recoge las diversas lecturas que se hacen de Europa desde su carácter mismo problemático, y se pregunta sobre el ser y el futuro europeo.

A partir de una apretada síntesis histórica, que va desde la Europa crisol de civilizaciones hasta la Europa tutelada y dependiente de hoy, el profesor JOSE LUIS VILLACORTA NUÑEZ, extrayendo conclusiones, precisamente de los variados componentes y de las dramáticas quiebras de esa dimensión histórica, esboza por dónde deberían ir las líneas maestras de la futura Europa.

RAFAEL ESTEBAN acota su análisis a la Comunidad Económica Europea y, teniendo a la vista que «lo cristiano» es una dimensión histórica de todos los pueblos que la componen, se pregunta si las relaciones Norte/Sur

merecen el calificativo de cristianas. Responde analizando la parte que le corresponde a Europa en el actual «desorden» económico internacional: ese sistema injusto por el que el Norte acumula riqueza a costa del Sur. Y las reticencias europeas a crear de verdad un «nuevo» orden económico internacional.

Para el autor, las actuales relaciones de la C. E. E. con el Tercer Mundo revelan aspectos importantes de la no cristianización de Europa, y a la vista de la escasa voluntad de cambio, se hace una pregunta inquietante: ¿se puede ser cristiano en la Europa que vivimos?

CARLOS CORRAL analiza los documentos pontificios y de las conferencias episcopales que, a partir, sobre todo, de la primera guerra mundial, se han preocupado de la integración europea.

Como anunciamos en el número 139, continuamos ofreciendo a nuestros lectores las reflexiones de ERNESTO BALDUCCI sobre «la transición» cultural que haga desaparecer la agresividad destructiva que amenaza poner fin a la especie humana. En esta segunda entrega hay muchos elementos de reflexión sobre Occidente (Europa) que guardan relación con el tema general del número.

Este lo completamos con un Documento que nos ha hecho llegar un grupo de jóvenes gallegos, que aportan una reflexión diferente acerca de la peregrinación de Juan Pablo II a Compostela, donde es probable que vuelva a invitar a Europa a recuperar sus raíces cristianas.

Nosotros también queremos que se recuperen esas raíces, pero, sinceramente, nos preguntamos si ello será posible mientras Iglesia y sociedad no superen su secular eurocentrismo y permanezcan en un Norte neoliberal e insolidario, sin dar los pasos ecuménicos necesarios para hacer añicos las fronteras de las diversas culturas del planeta.

Las crónicas cristianas de PEDRO M. LAMET, dedicadas a la economía de la Iglesia española, podrán servir a más de uno a la hora de colocar o no la célebre crucecita en la declaración de Hacienda.

VISION DE LA REALIDAD EUROPEA

Por DEMETRIO VELASCO

Escribo estas páginas durante el fin de semana en que se espera conocer los resultados definitivos de las elecciones al Parlamento Europeo. Y lo hago bajo una doble impresión. Por un lado, la de haber existido una campaña en la que la mayoría de los partidos han mostrado un «europeísmo» de conveniencia. Tanto la votación como la primera lectura que se ha hecho de sus resultados parecen haber buscado más sancionar las políticas nacionales que la construcción de Europa a través de las instituciones comunitarias. La segunda impresión, que tras las elecciones subsiste, quizá, con más fuerza, refleja una paradójica inquietud provocada por preguntas tan elementales como éstas: ¿qué es Europa?, ¿de qué Europa estamos hablando?, ¿cuáles son los retos de mayor envergadura, las tareas más urgentes, las iniciativas más necesarias y las respuestas más eficaces que la construcción de Europa plantea y exige en estos tiempos en que se nos convoca a ser protagonistas directos de la aventura europea? Intentaré esbozar algunas reflexiones que ayuden, si no a responder adecuadamente a todas estas preguntas, sí, al menos, a situar el alcance y relevancia de las mismas.

PENSAR EUROPA

Edgar Morin, en un magnífico libro que se titula así: *Pensar Europa* (1), dice: «Europa se disuelve tan pronto como se quiere pensar en ella de manera clara y distinta, se divide tan pronto como se quiere reconocer su unidad. Cuando queremos encontrarle un origen fundador o una originalidad intransmisible, descubrimos que no hay nada que le sea propio en los orígenes ni nada de lo que hoy en día tenga la exclusividad. La noción de Europa debe concebirse según una complejidad múltiple y plena» (2).

Complejidad es un concepto que solemos utilizar con profusión y alivio cuando nos enfrentamos a una realidad que nos desborda, tanto si queremos pensarla, cuanto, sobre todo, si queremos definirla. Aunque no siempre este recurso tiene plena justificación, ya que a menudo intenta encubrir una dosis no escasa de pereza mental y de incapacidad para analizar rigurosamente la realidad, en el caso que nos ocupa se puede afirmar que Europa es una realidad problemática y compleja por definición. «Ahí radica, continúa diciendo Morin, el meollo de la dificultad de concebir Europa cuando se está habituado al modelo clásico de pensamiento, en el que la idea de unidad diluye la idea de multiplicidad y de metamorfosis, en el que la idea de diversidad conduce a un catálogo de elementos yuxtapuestos. La dificultad de pensar Europa es, en primer lugar, la dificultad de pensar lo uno en lo múltiple, lo múltiple en lo uno; la *unitas multiplex*. Es al mismo tiempo la dificultad de pensar la identidad en la no identidad. Por ello, para concebir cómo la unidad europea reside en la desunión y heterogeneidad tendremos que recurrir a dos principios de inteligibilidad adecuados para elucidar los fenómenos complejos de este orden: el *principio dialógico* y el *principio de recursión*.

El principio dialógico significa que dos o más «lógicas» diferentes se asocian en una unidad de manera compleja (complementaria, concurrente y antagónica), sin que la dualidad se pierda en la unidad. De este modo, lo que forja la unidad de la cultura europea no es la síntesis judeo-cristiana-greorromana, es el juego no sólo complementario,

(1) SEDISA, Barcelona, 1988. Este libro recoge y amplía su intervención en uno de los coloquios de «Los Encuentros Internacionales de Ginebra», de 1985, recogidos en el libro *L'Europe aujourd'hui*, Edit. de la Baconnière, Neuchâtel, 1986.

(2) Morin: *ibíd.*, pág. 24.

sino también concurrente y antagónico entre esas instancias, poseedoras cada una de ellas de su propia lógica: es, precisamente, su dialógica. El principio de recursión significa que debemos concebir los procesos generadores o regeneradores como bucles ininterrumpidos en los que cada momento, componente o instancia del proceso es a un tiempo producto y productor de los demás momentos, componentes o instancias» (3).

Pensar Europa exige, pues, asumir que desde lo geográfico a lo cultural, pasando por lo político y económico, Europa es convivencia de contrastes, fruto de contradicciones y unidad de contrarios. No caben visiones simplistas, idílicas o masoquistas de Europa.

Hoy, a pesar de europeístas admirables como Montesquieu, que decía estar dispuesto a considerar un crimen todo lo que fuera perjudicial para Europa, aunque esto le obligara a rechazar cosas útiles y provechosas para él, para su familia y para su patria, sabemos que Europa no se ha construido desde este principio ético, sino desde un *élan* vital que destruyó barreras y peajes y que se alimentó de una solidaridad colectiva, de una cultura y de unos valores que, como la aventura que encerraban, estaba tejida de luces y sombras, y, así, como describe Morin en su libro, las aventuras del humanismo, de la razón, de la ciencia y del pensamiento están tejidas de grandes éxitos y de vergonzantes fracasos.

La complejidad se refleja también en el individuo europeo, que, como los paisanos de *Kakania* descritos por Musil, «tienen cada uno por lo menos nueve caracteres: profesional, nacional, estatal, geográfico, sexual, consciente, inconsciente..., y un décimo carácter, la fantasía, que les permite todo menos una cosa: tomar en serio sus otros nueve caracteres» (4).

Aceptar esta complejidad tiene gran trascendencia a la hora de concebir la construcción actual de Europa. Y, una vez más, porque de ella se derivan especiales dificultades y potencialidades desconocidas.

En efecto, aceptar el reto de construir una unidad europea desde la pluralidad y la diferencia obliga a replantearse hoy la gran aportación histórica europea de la universalidad que se construye afirmando las particularidades de sus diversos miembros. Todos sabemos que una realidad es tanto más rica cuanto más vida lleva dentro, tanto más viva cuanto más plural. Un consenso es más auténtico cuanto

(3) *Ibíd.*, págs. 24 y 25.

(4) R. de Ventós: *Europa y otros ensayos*, Ariel, Barcelona, 1986, págs. 11 y sigs.

más disenso soporta, una identidad más plena cuanta más contradicción conlleva. Hoy, cuando, como veremos, uno de los peligros más graves es el de la homogeneización provocada por una modernidad mundial de carácter tecnoeconomicista, una construcción europea que se haga desde la complejidad y para humanizarla es el gran reto y la gran aportación.

Pero pensar Europa en nuestros días no puede ni debe hacerse sólo, ni principalmente, desde la misma Europa. El mundo de hoy es interdependiente como nunca lo ha sido, y Europa nos recuerda la sorprendente vigencia del mito al que debe su nombre. En el mito la bella princesa fenicia es raptada por Zeus, quien en forma de toro transporta a su amada a través del mar hasta la isla de Creta, en la que Europa vivirá feliz y rodeada de numerosos hijos... Hoy Europa es de nuevo rehén de las superpotencias, sólo que su destino no se ve sobre el dorso de un Zeus enamorado y benefactor, sino en el círculo infernal de la ambición dominadora de sus nuevos raptos. En el nuevo marco del capitalismo internacional Europa se ha visto en una situación de creciente dependencia, lo que no le impide explotar, a su vez, conforme a la lógica y dinámica de dicho capitalismo, a los que son más débiles, en especial a los países del Tercer Mundo.

Los otros nos dicen quiénes somos para lo bueno y para lo malo.

Estamos siendo usufructuarios y víctimas del modelo de civilización que exportamos. Como dice Glucksmann: «¡Admirable Europa! Exporta sus depósitos de basura, no mete su nariz en ellos, se emborracha con sus desodorantes teóricos y hay que esperar hasta la vuelta de sus marchas para explicarle el honesto perfume de su mierda» (5).

Para pensarnos con nuestras riquezas y pobreza debemos hacerlo desde los empobrecidos del sur y desde los dominados del este. Y no para culpabilizarnos estérilmente, sino para descubrir que si Europa quiere seguir siendo la patria de los universales (cristianismo, humanismo, liberalismo, socialismo) no puede seguir secuestrada por patriotismos o imperialismos insolidarios; que si ha sido la inventora y la portavoz de la democracia y de los derechos humanos, no puede seguir ciega y silenciosa ante la trágica situación de la mayoría de la población del mundo, o bien contemplarla con la mirada del experto en vez de con los ojos del humanista; que si es la partera de la ciencia, de la razón y de la libertad, no puede permanecer prisionera de tomates,

(5) A. Glucksmann: *La cocinera y el devorador de hombres*, Edit. Mandrágora, Barcelona, 1977.

aceros o langostinos; que si, en fin, como algunos pretenden, es la heredera del cristianismo, no puede hipotecar desde el norte la universalidad solidaria del Evangelio.

¿Qué Europa queremos construir?

La representación de Europa que tenían quienes, tras la segunda guerra mundial, postulaban su construcción distaba mucho de ser clara y distinta. La Europa de los Seis nació en la ambigüedad, y todavía hoy se sigue alimentando de equívocos. ¿Se trata de una «comunidad europea» o de un «mercado común»? Mientras que para unos la Europa unida se limitaba a crear un vasto mercado de libre competencia, como lo definía en 1955 el informe Spaak: «una gran zona de política económica común que constituya una poderosa unidad de producción y que permita una expansión continua, una estabilidad creciente, un crecimiento acelerado del nivel de vida, y el desarrollo de armoniosas relaciones entre los Estados que reúne»; para otros la construcción europea alimentaba esperanzas más ambiciosas. Reconstruyendo el viejo sueño europeo, imaginaban una Europa económica y política que enterrara definitivamente las rivalidades centenarias, aboliera las fronteras y encontrara su identidad en las dimensiones de un continente» (6).

De hecho, la Europa que pregonaron Adenauer, Schumann y De Gasperi tenía unos contornos imprecisos, y en ella coincidían el claro objetivo de un mercado común y el menos claro de unos proyectos de unificación aún más brumosos. El mismo Tratado de Roma refleja esta ambivalente vocación.

Hoy sigue habiendo dos Europas posibles: la de la señora Thatcher y la que dice preferir el señor González, por ejemplo. Son dos con dos lógicas distintas y las dos «europeas». Se trata de optar políticamente por una de ellas. O bien los gobiernos dejan vía libre a las multinacionales europeas o americanas, que aprovechándose de la supresión de las fronteras impondrán una Europa construida desde la lógica desigualitaria de su mercado, o bien movilizan a la opinión pública para poder llevar adelante políticas solidarias de desarrollo y modernización, que hagan de Europa un conjunto coherente económica, política, social y culturalmente hablando.

(6) *Revue Politique et Parlementaire*, núms. 909 y 910, París, 1984, dedicados a Europa y a las elecciones europeas. Ver, asimismo, el número 939, 1989, y *Pouvoirs*, núm. 48, PUF, París, 1989.

Las razones que aducen los partidarios de una y otra Europa son sólidas, y todas ellas tienen «solera» europea. Decía Goethe que «Europa nació peregrinando». El problema está en que desde un principio y hasta nuestros días ni todos los caminos llevan a Santiago de Compostela, ni todos los peregrinos son San Francisco de Asís. Las rutas de los mercaderes son las más transitadas y las mejor conocidas.

LOS DESAFIOS

En un mundo cada vez más interdependiente, en plena mutación tecnológica, con una grave carencia de valores y referencias normativas, Europa se enfrenta a una crisis económica, demográfica, política y cultural, que le hace perder liderazgo industrial y estratégico y sentirse cada vez más desplazada del centro de gravedad de la toma de decisiones mundiales, y frágil como nunca hasta ahora se había sentida para salir al paso de tantos problemas y tan complejos; de tantos desafíos, algunos de los cuales paso a señalar.

El desafío de la modernización económica

La nueva configuración del mercado mundial, que desplaza su centro de gravedad hacia Asia y el Pacífico; las rápidas mutaciones científicas y tecnológicas y la mundialización del capital parecen imponer una lógica hegemónica ante la que cabría elección. Desde la Thatcher a Den Xiao-Ping, todos están obligados a ser «pragmáticos», a crecer según los cánones del FMI. Es el modelo de desarrollo economicista y tecnocrático que la *Sollicitudo Rei Socialis* ha descrito y denunciado como injusto e irracional. Europa se vería sumergida dentro de este marco sin posibilidad de cuestionar esa forma de consenso resignado que homogeneiza a todos y que sigue apuntalando un mundo roto por los cuatro costados.

Europa debe aceptar el desafío de modernizarse económicamente, pero luchando por humanizar este mundo, moralizando progresivamente el OEI. La estrategia de resistencia y sumisión debe ser la clave de una Europa con identidad propia.

El desafío de la Europa social

La modernización económica no genera sin más lo que se ha llamado «el espacio social europeo», y no se puede esperar ingenuamente que la Europa de los mercaderes se convierta por sí sola en la Europa de los ciudadanos y de las fuerzas sociales. Al contrario, sólo el desarrollo de la dimensión social, considerándola desde un comienzo como condición esencial del desarrollo económico, podrá permitir pensar en una Europa fiel a su mejor tradición histórica, la de la libertad y la de la solidaridad, la del progreso científico y tecnológico al servicio del hombre y de la sociedad.

La Europa social significa que junto a la movilización de los sectores económicos y financieros, que ya es enorme a la hora de exigir, por ejemplo, la liberalización de capitales, OPAS, flexibilidad del mercado de trabajo, etc., se dé también la movilización de los sectores políticos, sindicales y sociales; unidos todos ellos en la búsqueda de soluciones solidarias a los graves problemas del desempleo, de la pobreza y de la marginación mediante la financiación y el mantenimiento de un alto nivel de protección social y de bienestar para todos.

La Europa social exigirá una movilización de los ciudadanos y de los asalariados en un clima de democracia, que les posibilite poner en juego su potencial de mano de obra cualificada a lo largo y ancho de toda Europa y con todas las garantías jurídicas y sociales, cosa que está aún lejos de ocurrir, ya que la discriminación y la xenofobia nos recuerdan la insociable e insolidaria condición de la Europa de los mercaderes. La crisis del Estado social y la ofensiva del neoliberalismo económico, unidos a la crisis de la izquierda, son un indicador de alarma en la construcción de la Europa social.

El desafío de la ciudadanía

Acabamos de participar con nuestro sufragio en el constitución de una de las instituciones políticas europeas de más relieve: el Parlamento Europeo. Es verdad que dicho Parlamento no está muy prestigiado y que no representa todavía soberanamente la voluntad de los ciudadanos europeos. Los viejos patrones de las naciones-Estado siguen queriendo reservarse el derecho de una «Europa a la carta». En este sentido, la «ciudadanía europea» tiene muchos pasos que dar para

que el concepto no sea equívoco. Pero los escasos índices de participación no son el mejor camino para conseguirlo.

Si esta dimensión macropolítica que posibilita la Europa supranacional es un desafío importante, lo es, sobre todo, porque, de hecho, las instituciones políticas y administrativas europeas organizan cada vez más directamente la vida cotidiana de todos los europeos, y, por lo tanto, deben ser ámbitos en los que la participación y el control democráticos se puedan ejercer. Es sabido que el peso de los grupos de presión de carácter corporativista es cada vez mayor, por lo que el lograr que las decisiones tomadas lejos se ejerzan en el contexto más democrático posible es cada vez más imprescindible. Si no es así, la Europa que se afianzará será la de los innumerables idiotas públicos, que no ciudadanos.

La domesticación y perversión de la democracia que con tantos mentores cuenta en nuestros días hace dramático y urgente este desafío para los que de verdad tengan vocación de mayoría de edad política y social, vocación de ciudadanos. En este sentido, urgen partidos y sindicatos europeos que garanticen el ejercicio de dicha ciudadanía.

El desafío de la solidaridad internacional

Europa no puede olvidar que en un mundo interdependiente los problemas y sus soluciones tienen carácter mundial y que hay que prever responsable y solidariamente las consecuencias de las posiciones adoptadas.

La *Sollicitudo Rei Socialis* nos ha recordado que no hay liderazgo ni solidaridad posibles si no se superan las actitudes nacionalistas e imperialistas que dividen al mundo en bloques; si no se supera la actitud egoísta de afán de ganancia a toda costa, que, además de condenar a la miseria a la mayoría de la humanidad, convierte al mundo en un campo de antagonismos ambiciosos y violentos.

Los grandes retos de la humanidad: el hambre, la amenaza ecológica y nuclear, etc., exigen un cambio radical de actitud.

Los europeos solemos hablar mucho y bien sobre el rol de Europa en el mundo, pero el discurso es retórico cuando, tras la indignación y la denuncia ante la conculcación de los derechos humanos, escasean las decisiones políticas y seguimos obsesionados con nuestros intereses.

LOS ESCENARIOS

Frente a los desafíos que el mundo actual plantea a Europa, se suelen citar convencionalmente los siguientes escenarios en que ésta se situaría para afrontar el porvenir:

- Europa, como tercera «superpotencia», en pie de igualdad con EEUU y URSS y alineada con dichas potencias en una misma lógica de mundialización y de polarización.
- Europa, «tercer polo del mundo capitalista desarrollado», en pie de igualdad con EEUU y Japón. Lo que varía en este escenario respecto al primero es el posicionamiento geopolítico, pues no se cuestiona la bipolaridad actual, y la lógica global es la misma.
- Europa replegada sobre sí misma, convertida en «fortaleza», que vive de las rentas de su herencia histórica, de su situación de privilegio, y con una doble posible variante: una más cultural, «la nueva Atenas», y otra más financiera, la «Suiza continente».
- La «Europa laboratorio», que fiel a su tradición histórica busca definir un mundo política y socialmente nuevo, articulando de forma diferente al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, y superando las formas ya obsoletas de los Estados e imperios. Una Europa que es capaz de repensar las relaciones entre economía, política y ética, de articular las políticas económicas con las sociales, de controlar la economía en vez de ir a su remolque.

LA «EUROPA LABORATORIO DE UN MUNDO NUEVO»

Es obvio que entre los escenarios señalados, el de la «Europa laboratorio» no es el más probable, aunque sí el más razonable y deseable. No es el más probable porque, como ya hemos señalado, la lógica de mundialización, hoy hegemónica, es reacia a la construcción de un nuevo OEI: y Europa sigue siendo hoy la princesa fenicia consensualmente cautiva de dicha lógica.

Pero la crisis actual no es sólo, ni siquiera sobre todo, de naturaleza económica, y los problemas que aquejan a nuestro mundo no se pueden resolver con criterios de mercado. La salida deberá plantearse en el marco de lo que hoy se llama «ecología política». Si estamos asistiendo a una mutación de la civilización, los retos, además de científicos y técnicos, son éticos. Un cambio de mentalidad, seguido de un cambio de comportamiento, parece ser la salida más razonable.

Europa, aunque también tenga, en última instancia, la patente de la mala universalización, la patente del materialismo economicista, tiene una de sus señas de identidad en la capacidad de pensar el mundo desde y para el hombre. Y hoy debe poner en juego todos los recursos para humanizar este mundo. Su tradición de crisol de civilizaciones, de pluralismo y de tolerancia debe hacer posible la creación de una nueva universalidad. Su tradición de justicia y solidaridad debe servir para cuestionar el actual OEI y la política de bloques, que tan nefastas consecuencias acarrearán a nuestro mundo.

Europa, la inventora de la política, como superación de las relaciones humanas basadas en la violencia y en el despotismo, debe reinventar de nuevo una política que introduzca la razón como instancia humanizadora de la economía y de la técnica. Una razón que nos recuerde que los recursos deben estar al servicio de las necesidades solidariamente entendidas; que la satisfacción de las necesidades humanas pasa por saber compartir los recursos escasos porque, de lo contrario, el aniquilamiento biológico de los unos (Sur) lleva consigo el nihilismo moral de los otros (Norte).

La construcción de la Europa social, de la Europa de los pueblos, a través de un proceso verdaderamente democrático es un desafío y una novedad de trascendencia histórica, ya que apenas existen en la historia ejemplos de unidades eficaces de miembros iguales y logradas a través de un proceso democrático.

La Europa laboratorio será sólo un escenario improbable mientras subsistan en sus fronteras un norte rico y un sur pobre, un oeste democrático y un este totalitario. Europa vivirá mutilada mientras cobije a ciudadanos de diferentes categorías. Los derechos humanos de la segunda y tercera generación seguirán siendo el test de la Europa democrática. Una Europa democráticamente construida debe ser autónoma y federalista, posibilitando así el reconocimiento de las diversidades nacionales y regionales.

Para lograr esta Europa son imprescindibles actitudes sinceramente europeístas en el ámbito de la cultura, de la opinión pública, de

los medios de comunicación social de cada uno de los países europeos. Pero, desgraciadamente, como decía María Antonieta Macciochi hace unos pocos años, el chauvinismo y el provincialismo siguen teniendo tal protagonismo cultural que hacen prácticamente imposible el que la materia gris tenga el nivel de libre intercambio de que gozan las mercancías. Al margen de meritorios, pero escasos, proyectos, como el Eureka o el Erasmus, el intercambio cultural es muy pobre. «De hecho, Europa, desde el punto de vista cultural, es afásica... Sin embargo, en un breve plazo dispondrá de prodigiosos instrumentos de transmisión... ¿De qué servirán tan fabulosos medios de comunicación si no tenemos nada que comunicar?» (7). *El Manifiesto de Madrid* sigue teniendo, al respecto, la actualidad de hace cuatro años (8).

Europa debe estar convencida de que tiene un mensaje cultural y ético que comunicar, en consonancia con su tradición de razón, ciencia y libertad (9).

EPILOGO PARA CREYENTES

La construcción de Europa exige superar los viejos patrones de las naciones-Estado, y exige, asimismo, desechar toda nostalgia de una Europa de Cristiandad, como algunos pretenden. Creo que Europa no puede ser cristiana, si seguimos pensándola desde la mencionada complejidad que la caracteriza.

Hablar de la identidad de Europa es reconocer que de su crisol a salido un modelo híbrido de hombre y de sociedad, que, consciente de la imposibilidad de lograr una unidad homogénea en lo religioso y en lo ético, ha sabido conservar el credo humanista basado en el pluralismo y en la tolerancia, en la dignidad del hombre y en los derechos humanos, en la igualdad, la justicia y la solidaridad entre los pueblos.

Pero si no es posible pensar en una Europa cristiana, sí que lo es el querer una Europa laboratorio de un mundo nuevo. Y los cristianos

(7) *L'Europe aujourd'hui*, pág. 76.

(8) Publicado en el *Congreso de Intelectuales Europeos*. Ver *El País*, 20 de octubre de 1985.

(9) Ver artículo de Ph. Laurent «Los retos éticos», en *Fomento Social*, núm. 174, Madrid, 1989, págs. 125 y sigs.

tenemos mucho que aportar a este mundo, que desde el evangelio de la tolerancia podría ir recibiendo con fruto la tolerancia del Evangelio. Allá donde hay valores que potenciar, unidad que construir, el cristiano debe saber estar presente. Y esta presencia no debe estar mediatisada por aquellos grupos o instituciones que, a pesar de autodenominarse cristianos, están lejos de encarnar los legítimos intereses de los pobres de nuestro mundo.

Del cristiano europeo de hoy y de mañana debería poder decirse aquello que se decía del sabio del siglo XVI europeo cuando llegaba a una ciudad de iguales. «Entraba todo polvoriento. Decía: *Argumentabor*, y, si argumentaba bien, era del país».